

puedo fiar de mí menos de lo que experimento en mi flaqueza; pero ni esto ni la grandeza del asunto eran los impedimentos que hallaba, aunque no luego los conocí. Presenté al Señor la segunda parte que tenía escrita, como antes lo hice de la primera. Compeñame la obediencia con rigor para dar principio á esta tercera, y con la fuerza que comunica esta virtud á los que se sujetan á ella, animaba mi cobardía y alentaba el desmayo que en mí reconocía para ejecutar lo que se me mandaba. Mas entre los deseos y dificultades de comenzar, anduve fluctuando algunos días como nave combatida de contrarios y fuertes vientos.

4. Por una parte me respondía el Señor prosiguiese lo comenzado, que aquella era su voluntad y beneplácito; y nunca reconocía otra cosa en mis continuas peticiones. Aunque algunas veces disimulaba estos órdenes del Altísimo, y no los manifestaba luego al prelado y confesor (no por ocultarlos, sino para mayor seguridad, y para no sospechar que se gobernaba solo por mis informes); pero su Majestad, que en sus obras es tan uniforme, les ponía en el corazón nueva fuerza para que con imperio y preceptos me lo mandasen, como siempre lo han hecho. Por otra parte la emulación y malicia de la antigua serpiente calumniaba todas las obras y movimientos; y despertaba ó movía contra mí una tormenta deshecha de tentaciones que tal vez quería levantarme á lo altivo de su soberbia; otras y muchas me quería abatir á lo profundo de la desconfianza y envolverme en una caliginosa tiniebla de temores desordenados, juntando á estas otras diversas tentaciones interiores y exteriores, creciendo todas al paso que proseguía esta Historia, y mas cuando me inclinaba á concluir. Valióse también este enemigo del dictámen de algunas personas á que por natural obligacion debía algun respeto, y no me ayudaban á proseguir lo comenzado, y también turbaba á las religiosas que tengo á mi cargo. Parecíame me faltaba tiempo; porque no había de dejar el seguimiento de la comunidad, que era la mayor obligacion de prelada. Con todos estos ahogos no acababa de asentar ni quietar el interior en la paz y tranquilidad que era necesaria y conveniente para recibir la luz actual y inteligencia de los misterios que escribo; porque esta no se percibe bien, ni se comunica por entero entre los torbellinos de tentaciones que inquietan al espíritu, y solo viene en aire blando y sereno que templá las potencias interiores ¹.

5. Afligida y conturbada de tanta variedad de tentaciones, no

¹ III Reg. xix, 11, 12.

cesaban mis clamores. Y un día en particular dije al Señor: Altísimo Dueño y bien mío de mi alma, no son ocultos á vuestra sabiduría mis gemidos y mis deseos de daros gusto y no errar en vuestro servicio ¹. Amorosamente me lamento en vuestra real presencia; porque, ó me mandais, Señor, lo que no puedo yo cumplir, ó dais mano á vuestros enemigos y míos para que con su malicia me lo impidan. Respondióme su Majestad á esta querrela, y con alguna severidad me dijo: *Advierte, alma, que no puedes continuar lo comenzado, ni acabarás de escribir la Vida de mi Madre, si no eres en todo muy perfecta y agradable á mis ojos; porque Yo quiero coger en tí el copioso fruto deste beneficio, y que tú le recibas la primera con tanta plenitud: y para que lo logres como Yo lo quiero, es necesario se consuma en tí todo lo que tienes de terrena y hija de Adán; los efectos del pecado con sus inclinaciones y malos hábitos.* Esta respuesta del Señor despertó en mí nuevos cuidados y mas encendidos deseos de ejecutar todo lo que se me daba á conocer en ella; que no solo era una comun mortificacion de las inclinaciones y pasiones, sino una muerte absoluta de toda la vida animal y terrena, y una renovacion y transformacion en otro ser y nueva vida celestial y angélica.

6. Y deseando extender mis fuerzas á lo que se me proponía, examinaba mis inclinaciones y apetitos, rodeaba por las calles y por los ángulos de mi interior, y sentía un conato vehemente de morir á todo lo visible y terreno. Padecí en estos ejercicios algunos días grandes aflicciones y desconsuelos; porque al paso de mis deseos crecían también los peligros y ocasiones de divertimientos con criaturas que bastaban para impedirme; y cuanto mas quería alejarme de todo, tanto mas metida y oprimida me hallaba con lo mismo que aborrecía. De todo se valía el enemigo para desmayarme, representándome por imposible la perfeccion de vida que deseaba. A este desconsuelo se juntó otro nuevo y extraordinario con que me hallé impensadamente. Este fue que comencé á sentir en mi persona una nueva disposicion del cuerpo tan viva, y que me hacia tan sensible para sufrir los trabajos, que los muy fáciles, siendo penales, se me hacían mas intolerables que los mayores de hasta entonces. Las ocasiones de mortificacion, que antes eran muy sufribles, se me hacían violentísimas, y en todo lo que era padecer dolor sensible me sentía tan débil, que me parecían mortales heridas. Sufrir una disciplina era deliquio hasta desmayar, y cada golpe me dividía el corazón; y sin encarecimiento digo, que solo el tocarme una mano con otra

¹ Psalm. xxxvii, 10.

me hacia saltar las lágrimas, con grande confusion y desconsuelo mio de verme tan miserable. Y experimenté, haciéndome fuerza á trabajar (no obstante el mal que tenia), saltarme por las uñas la sangre.

7. Ignoraba la causa de esta novedad; y discurriendo conmigo misma y diciendo con despecho: ¡Ay de mí! ¿Qué miseria mia es esta? ¿Qué mudanza la que siento? Mándame el Señor que me mortifique y muera á todo, y me hallo ahora mas viva y menos mortificada. Padecí algunos dias grandes amarguras y despechos con mis discursos. Y para moderarlos me consoló el Altísimo, diciéndome: *Hija y esposa mia, no se aflija tu corazon con el trabajo y novedad que sientes en padecer tan vivamente. Yo he querido que por este medio queden en tí extinguidos los efectos del pecado, y seas renovada para nueva vida y operaciones mas altas, y de mi mayor agrado; y hasta conseguir este nuevo estado, no podrás comenzar lo que te resta de escribir de la Vida de mi Madre y tu Maestra.* Con esta nueva respuesta del Señor recobré algun esfuerzo; porque siempre sus palabras son de vida¹, y la comunican al corazon. Y aunque los trabajos y tentaciones no aflojaban, me disponia á trabajar y pelear; pero desconfiaba siempre de mi flaqueza y debilidad, y de hallar remedio. Buscábale contra ellas en la Madre de la vida, y determiné pedirle con instancias y veras su favor, como á único y último refugio de los necesitados y afligidos, y como de quien y por quien á mí, la mas inútil de la tierra, me vinieron siempre muchos bienes y beneficios.

8. Postréme á los piés de esta gran Señora del cielo y tierra, y derramando mi espíritu en su presencia, la pedí misericordia y remedio de mis imperfecciones y defectos. Representéla mis deseos de su agrado y de su Hijo santísimo, y ofrecíme de nuevo para su mayor servicio, aunque me costase pasar por fuego y por tormentos, y derramar mi sangre. Á esta peticion me respondió la piadosa Madre, y dijo: *Hija mia, los deseos que de nuevo enciende el Altísimo en tu pecho, no ignoras que son prendas y efectos del amor con que te llama para su íntima comunicacion y familiaridad. Su voluntad santísima y la mia es, que de tu parte los ejecutes para no impedir tu vocacion ni retardar mas el agrado de su Majestad que de tí quiere. En todo el discurso de la Vida que escribes te he amonestado y declarado la obligacion con que recibes este nuevo y grande beneficio, para que en tí copies la estampa viva de la doctrina que te doy, y el ejem-*

¹ Joan. vi, 69.

plar de mi vida segun las fuerzas de la gracia que recibieres. Ya llegas á escribir la última y tercera parte de mi Historia; y es tiempo de que te levantes á mi perfecta imitacion, y te vistas de nueva fortaleza, y extiendas la mano á cosas fuertes¹. Con esta nueva vida y operaciones darás principio á lo que resta de escribir; porque ha de ser ejecutando lo que vas conociendo. Y sin esta disposicion no podrás escribirlo; porque la voluntad del Señor es, que mi vida quede mas escrita en tu corazon que en el papel, y en tí sientas lo que escribes, para que escribas lo que sientes.

9. Quiero para esto que tu interior se desnude de toda imágen y afecto de lo terreno², para que alejada y olvidada de todo lo visible, tu conversacion y continuo trato sea³ con el mismo Señor, conmigo y con sus Ángeles; y todo lo demás fuera desto ha de ser para tí extraño y peregrino. Con la fuerza de esta virtud y pureza que de tí quiero quebrantarás la cabeza de la antigua serpiente, y vencerás la resistencia que te hace para escribir y para obrar. Y porque admitiendo sus vanos temores eres tarda en responder al Señor y en entrar por el camino que él te quiere llevar, y dar crédito á sus beneficios; quiero decirte ahora, que por esto su divina Providencia ha dado permiso á este dragon para que como ministro de su justicia castigue tu incredulidad, y el no reducirte á su perfecta voluntad. Y el mismo enemigo ha tomado mano para hacerte caer en algunas faltas, proponiéndote sus engaños, vestidos de buena intencion y fines virtuosos; y trabajando en persuadirte falsamente que tú no eres para tan grandes favores y tan grandes beneficios, porque ninguno mereces, te ha hecho grosera y tarda en el agradecimiento. Como si estas obras del Altísimo fueran de justicia y no de gracia, te has embarazado mucho en este engaño, dejando de obrar lo mucho que pudieras con la gracia divina, y no correspondiendo á lo que sin méritos propios recibes. Ya, carisima, es tiempo que te asegures y creas al Señor y á mí, que te enseñe lo mas seguro y mas alto de la perfeccion, que es mi perfecta imitacion, y que sea vencida la soberbia y crueldad del dragon, y quebrantada su cabeza con la virtud divina. No es razon que tú la impidas ni retardes, sino que olvidada de todo te entregues afectuosa á la voluntad de mi Hijo santísimo y mia; que de tí queremos lo mas santo, loable y agradable á nuestros ojos y beneplácito.

10. Con esta enseñanza de mi divina Señora, Madre y Maestra recibió mi alma nueva luz y deseos de obedecerla en todo. Renové mis propósitos, determinéme á levantarme sobre mí con la gracia del

¹ Prov. xxxi, 17, 19. — ² Psalm. xlv, 11. — ³ Philip. iii, 20.

Altísimo, y procuré disponerme para que en mí se ejecutase sin resistencia su voluntad divina. Ayudéme de lo áspero y doloroso de la mortificación, que era penoso para mí, por la viveza y sensibilidad que sentía (como arriba dije ¹); pero no cesaba la guerra y resistencia del demonio. Reconocía que la empresa que intentaba era muy ardua, y que el estado á que me llevaba el Señor era de refugio, pero muy alto para la humana flaqueza y gravedad terrena. Bien daré á entender esta verdad, y la tardanza de mi fragilidad y torpeza, confesando que todo el discurso de mi vida ha trabajado el Señor conmigo para levantarme del polvo y del estiércol de mi vileza, multiplicando beneficios y favores que exceden á mi pensamiento. Y aunque todos los ha encaminado su diestra poderosa para este fin, y no conviene ahora ni es posible referirlos; pero tampoco me parece justo callarlos todos, para que se vea en qué lugar tan ínfimo nos puso el pecado, y qué distancia interpuso entre la criatura racional y el fin de las virtudes y perfección de que está capaz, y cuánto cuesta restituirla á él.

11. Algunos años antes de lo que ahora escribo recibí un beneficio grande y repetido por la divina diestra. Fue un linaje de muerte, como civil, para las operaciones de la vida animal y terrena; y á esta muerte se siguió en mí otro nuevo estado de luz y operaciones. Pero como siempre queda la alma vestida de la mortal y terrena corrupción, siempre siente este peso que le abrumba y atierra ², si no renueva el Señor sus maravillas, y favorece y ayuda con la gracia. Renovó en mí en esta ocasión la que he dicho ³ por medio de la Madre de piedad, y hablándome esta dulcísima Señora y gran Reina, me dijo en una visión: *Atiende, hija mía, que ya tú no has de vivir tu vida, sino la de tu esposo Cristo en tí ⁴; él ha de ser vida de tu alma y alma de tu vida. Para esto quiero por mi mano renovar en tí la muerte de la antigua vida que antes se ha obrado contigo, y renovar la vida que de tí queremos. Sea manifiesto desde hoy al cielo y la tierra, que murió al mundo sor María de Jesús mi hija y sierva, y que el brazo del Altísimo hace esta obra, para que esta alma viva con eficacia en solo aquello que la se enseña. Con la muerte natural se deja todo; y esta alma, alejada dello, por última voluntad y testamento entregó su alma á su Criador y Redentor, y su cuerpo á la tierra del propio conocimiento y al padecer sin resistencia. Desta alma nos encargamos mi Hijo santísimo y yo, para cumplir su última voluntad, si con ella nos obedeciere con prontitud. Y celebramos*

¹ Supr. n. 6. — ² Sap. ix, 15. — ³ Supr. n. 9. — ⁴ Galat. ii, 20.

sus exequias con los moradores de nuestra corte, para darle la sepultura en el pecho de la humanidad del Verbo eterno, que es el sepulcro de los que mueren al mundo en la vida mortal. Desde ahora no ha de vivir en sí ni para sí con operaciones de Adán; porque en todas se ha de manifestar en ella la vida de Cristo, que es su vida. Yo suplico á su piedad inmensa mire á esta difunta, y reciba su alma solo para sí mismo, y la reconozca por peregrina y extraña en la tierra, y moradora en lo superior y mas divino. Á los Ángeles ordeno la reconozcan por compañera suya, y la traten y comuniquen como si estuviera libre de la carne mortal.

12. *A los demonios mando dejen á esta difunta, como dejan á los muertos que no son de su jurisdicción, ni tienen parte en ellos; pues ya desde hoy ha de quedar mas muerta á lo visible que los mismos difuntos al mundo. A los hombres conjuro que la pierdan de vista y la olviden, como olvidan á los muertos, para que así la dejen descansar y no la inquieten en su paz. Y á tí, alma, te mando y amonesto te imagines como los que dieron fin al siglo en que vivían, y están para eterna vida en presencia del Altísimo. Quiero que tú en el estado de la se los imites; pues la seguridad del objeto y la verdad es la misma en tí que en ellos. Tu conversacion ha de ser en las alturas ¹, tu trato con el Señor de todo lo criado y esposo tuyo; tus conferencias con los Ángeles y Santos, y toda tu atención ha de estar en mí, que soy tu Madre y Maestra. Para todo lo demás terreno y visible ni has de tener vida ni movimiento, operaciones ni acciones, mas que las que tiene un cuerpo muerto, que ni muestra vida ni sentimiento en cuanto le sucede y se hace con él. No te han de inquietar los agravios, ni moverte las honras; no has de sentir injurias, ni levantarte por las honras; no has de conocer la presunción, ni derribarte la desconfianza; no has de consentir en tí afecto alguno de la concupiscencia y de la ira; porque tu lechado en estas pasiones ha de ser un cuerpo ya difunto, libre de ellos. Tampoco del mundo debes aguardar mas correspondencia que la que tiene con un cuerpo muerto, que olvida luego á los mismos que antes lababa viviendo; y hasta el que le tenía por mas íntimo y muy propio, procura con presteza quitarle de sus ojos, aunque sea padre ó hermano; y por todo pasa el difunto, sin quejarse ni sentirse por ofendido ni el muerto tampoco hace caso de los vivos, y menos atiende á ellos i á lo que deja entre los vivos.*

13. *Cuando así te hallares ya difunta, solo resta que te consideres alimeto de gusanos y vilísima corrupción muy despreciable, para que*

¹ Pllip. iii, 20.

seas sepultada en la tierra de tu propio conocimiento, de tal manera, que tus sentidos y pasiones no tengan osadía de despedir mal olor ante el Señor, ni entre los que viven, por estar mal cubiertas y enterradas, como sucede á un cuerpo muerto. Mayor será el horror (á tu entender) que tú causarás á Dios y á los Santos manifestándote viva al mundo, ó menos mortificadas tus pasiones, que les causarían á los hombres los cuerpos muertos sobre la tierra descubiertos. El usar de tus potencias, ojos, oídos, tacto, y los demás para servir al gusto ó al deleite, ha de ser para ti con grande nocedad ó escándalo, como si vieras á un difunto que se movía. Pero con esta muerte quedarás dispuesta y preparada para ser esposa única de mi Hijo santísimo, y verdadera discípula y hija mia carísima. Tal es el estado que de ti quiero, y tan alta la sabiduría que te he de enseñar en seguir mis pisadas y en imitar mi vida, copiando en ti mis virtudes en el grado que te fuere concedido. Este ha de ser el fruto de escribir mis excelencias y los altísimos sacramentos que te manifiesta el Señor de mi santidad. No quiero que salgan del depósito de tu pecho, sin dejar obrada en ti la voluntad de mi Hijo y mia, que es tu suma ó grande perfeccion. Pues bebes las aguas de la sabiduría en su origen, que es el mismo Señor; no será razon que tú quedes vacía y sedienta de lo que á otras administras, ni acabes de escribir esta Historia, sin que logres la ocasion y este gran beneficio que recibes. Prepara tu corazon con esta muerte que de ti quiero, y conseguirás mi deseo y tuyo.

14. Hasta aquí habló conmigo la gran Señora del cielo en esta ocasion, y en otras muchas me ha repetido esta doctrina de vida saludable y eterna; de que dejo escrito mucho en las doctrinas que me ha dado en los capítulos de la primera y segunda parte, y dré mas en esta tercera. Y en todo se conocerá bien mi tardanza y desagrado á tantos beneficios, pues me hallo siempre tan arasada en la virtud y tan viva hija de Adán, habiéndome prometido esta gran Reina y su poderoso Hijo tantas veces, que si mueroá lo terreno y á mí misma me levantarán á otro estado y habitacion muy encumbrada, que de nuevo y de gracia se me promete on el favor divino. Esta es una soledad y desierto en medio de las criaturas, sin tener comercio con ellas, y participando solamente de la vista y comunicacion del mismo Señor, y de su Madre santísima y los santos Angeles, dejando gobernar todas mis operaciones y movimientos por la fuerza de su divina voluntad para los fines de su mayor gloria y honra.

15. En todo el discurso de mi vida desde mi niñez me a ejer-

citado el Altísimo con algunos trabajos de continuas enfermedades, dolores y otras molestias de criaturas. Pero creciendo los años creció tambien el padecer con otro nuevo ejercicio, con que he olvidado mucho todos los demás; porque ha sido una espada de dos filos que há penetrado hasta el corazon, y dividido mi espíritu y la alma ¹, como dice el Apóstol. Este ha sido el temor que muchas veces he insinuado, y por que he sido reprehendida en esta Historia. Mucho le senti desde niña, pero descubrióse y excedió de punto despues que entré religiosa y me apliqué toda á la vida espiritual, y el Señor se comenzó á manifestar mas á mi alma. Desde entonces me puso el mismo Señor en esta cruz ó en esta prensa del corazon, temiendo si iba por buen camino, si seria engañada, si perderia la gracia y amistad de Dios. Aumentóse mucho este trabajo con la publicidad que incautamente causaron algunas personas en aquel tiempo con gran desconsuelo mio, y con los terrores que otros me pusieron de mi peligro. De tal manera se arraigó en mi corazon este vivo temor, que jamás ha cesado, ni he podido vencerle del todo con la satisfaccion y seguridad que mis confesores y prelados me han dado, ni con la doctrina que me han enseñado, con las reprehensiones que me han corregido, ni otros medios de que para esto se han valido. Y lo que mas es, aunque los Angeles y la Reina del cielo, y el mismo Señor continuamente me quietaban y sosegaban, y en su presencia me sentia libre; pero en saliendo de la esfera de aquella luz divina, luego era combatida de nuevo con increíble fuerza, que se conocia ser del infernal dragon y de su crueldad; con que era turbada, afligida y contristada, temiendo el peligro en la verdad, como si no lo fuera. Y donde mas cargaba la mano este enemigo era en ponerme terror, si lo comunicaba con mis confesores, en especial al prelado que me gobernaba; porque ninguna cosa mas teme este principe de tinieblas, que la luz y potestad que tienen los ministros del Señor.

16. Entre la amargura de este dolor y un deseo ardentísimo de la gracia y no perder á Dios he vivido muchos años, alternándose en mí tantos y tan varios sucesos, que seria imposible referirlos. La raiz de este temor creo era santa, mas muchas ramas habian sido infructuosas, aunque de todas sabe servirse la Sabiduría divina para sus fines; y por esto daba permiso al enemigo que me afligiese, valiéndose del remedio del mismo beneficio del Señor: porque el temor desordenado y que impide, aunque quiera imitar al bueno,

¹ Hebr. iv, 12.

es malo y del demonio. Mis aflicciones á tiempos han llegado á tal punto, que me parece nuevo beneficio no haber acabado conmigo en la vida mortal, y mas en la del alma. Pero el Señor, á quien los mares y los vientos obedecen ¹, y todas las cosas le sirven ², que administra su alimento á toda criatura en el tiempo mas oportuno ³, ha querido por su divina dignacion hacer tranquilidad en mi espíritu, para que la goce con mas treguas, escribiendo lo que resta desta Historia. Algunos años hace que me consoló su divina Majestad, prometiéndome por sí que me daría quietud, y gozaria de interior paz antes de morir, y que el dragon estaba tan furioso contra mí, rastreando que le faltaria tiempo para perseguirme ⁴.

17. Y para escribir esta tercera parte, me habló su Majestad un dia, y con singular agrado y dignacion me dijo estas razones: *Esposa y amiga mia, yo quiero aliviar tus penas y moderar tus aflicciones; sositégate, paloma mia, y descansa en la segura suavidad de mi amor y de mi poderosa y real palabra, que con ella te aseguro soy Yo el que te hablo, y elijo tus caminos para mi agrado. Yo soy quien te llevo por ellos, y estoy á la diestra de mi eterno Padre, y en el sacramento de la Eucaristia en las especies del pan. Esta certeza te doy de mi verdad, para que te aquietes y asegures; porque no te quiero, amiga mia, para esclava, sino para hija y esposa, y para mis regalos y delicias. Basten ya los temores y amarguras que has padecido. Venga la serenidad y sosiego de tu afligido corazon.* Estos regalos y seguraciones del Señor, muchas veces repetidos, pensará alguno que no humillan y que solo es gozar; y es de manera, que me abaten el corazon hasta lo último del polvo, y me llenan de cuidados y recelos por mi peligro. Quien al contrario imaginase, seria poco experimentado y capaz de estas obras y secretos del Altísimo. Cierto es que yo he tenido novedad en mi interior y mucho alivio en las molestias y tentaciones de estos desordenados temores. Mas el Señor es tan sábio y poderoso, que si por una parte asegura, por otra despierta á la alma, y la pone en nuevos cuidados de su caída y peligros, con que no la deja levantar de su conocimiento y humillacion.

18. Yo puedo confesar que con estos y otros continuos favores el Señor no tanto me ha quitado los temores quanto me los ha ordenado; porque siempre vivo con pavor, si le disgustaré ó perderé; cómo seré agradecida y corresponderé á su fidelidad; cómo amaré con plenitud á quien por sí es sumo bien, y á mí me tiene tan me-

¹ Matth. viii, 27. — ² Psalm. cxviii, 91. — ³ Ibid. cxliv, 13.

⁴ Apoc. xii, 12.

recido el amor que puedo darle, y aun lo que no puedo. Poseida de estos recelos, y por mi grande miseria, cuitadez y muchas culpas, dije en una de estas ocasiones al muy alto: Amor mio dulcísimo, Dueño y Señor de mi alma, aunque tanto me asegurais para quietar mi turbado corazon, ¿cómo puedo yo vivir sin mis temores en los peligros de tan penosa y temerosa vida, llena de tentaciones y asechanzas, si tengo mi tesoro en vaso fragil, débil ¹, y mas que otra alguna criatura? Respondióme con paternal dignacion, y me dijo: *Esposa y querida mia, no quiero que dejes el temor justo de ofenderme; pero es mi voluntad que no te turbes ni contristes con desórden, impidiéndote para lo perfecto y levantado de mi amor. Á mi Madre tienes por dechado y maestra, para que ella te enseñe y tú la imites. Yo te asisto con mi gracia y te encamino con mi direccion. Díme, pues, qué me pides ó qué quieres para tu seguridad y quietud.*

19. Repliqué al Señor, y con el rendimiento que yo pude le dije: Altísimo Señor y Padre mio, mucho es lo que me pedís, aunque lo debo todo á vuestra bondad y amor inmenso; mas conozco mi flaqueza y inconstancia, y solo me quietaré con no ofenderos, ni con un breve pensamiento, ni movimiento de mis potencias, sino que mis acciones todas sean de vuestro beneplácito y agrado. Respondióme su Majestad: *No te faltarán mis continuos auxilios y favores si tú me correspondes. Y para que mejor lo hagas, quiero hacer contigo una obra digna del amor con que te amo. Yo pondré desde mi ser inmutable hasta tu pequeñez una cadena de mi especial providencia, y que con ella quedes asida y presa de manera, que si por tu flaqueza ó voluntad hicieres algo que disuene á mi agrado, sientas una fuerza con que Yo te detenga y vuelva para Mi. El efecto de este beneficio conocerás desde luego y le sentirás en tí misma, como la esclava que está asida con prisiones para que no huya.*

29. El Todopoderoso ha cumplido esta promesa con gran júbilo y bien de mi alma; porque entre otros muchos favores y beneficios (que no conviene referirlos, ni son para este intento) ninguno ha sido para mí tan estimable como este. No solo le reconozco en los peligros grandes, sino en los mas pequeños; de manera, que si por negligencia ó descuido omito alguna obra ó ceremonia santa, aunque no sea mas de humillarme en el coro ó besar la tierra cuando entro para adorar al Señor (como lo usamos en la Religion), luego siento una fuerza suave que me tira y avisa de mi defecto, y no me deja (quanto es de su parte) cometer una pequeña imperfeccion.

¹ II Cor. iv, 7.

Y si algunas veces caigo en ella como flaca, está luego á la mano esta fuerza divina, y me causa tan grande pena, que me divide el corazon. Y este dolor sirve entonces de freno con que se detiene cualquiera inclinacion desordenada, y de estímulo para buscar luego el remedio de la culpa ó imperfeccion cometida. Y como los dones del Señor son sin penitencia ¹, no solo no me ha negado su Majestad el que recibo con esta misteriosa cadena, mas antes bien, por su divina dignacion, un dia, que fue el de su santo nombre y circuncision, conocí que tresdoblaba esta cadena, para que con mayor fuerza me gobernase y fuese mas invencible, porque el cordel tresdoblado (como dice el Sábio) con dificultad se rompe ². De todo necesita mi flaqueza, para no ser vencida de tan importunas y astutas tentaciones como fabrica contra mi la antigua serpiente.

21. Estas se fueron acrecentando tanto por este tiempo, no obstante los beneficios y mandatos referidos del Señor, de la obediencia y otros que no digo, que todavía recateaba comenzar á escribir esta última parte de esta Historia; porque de nuevo sentia contra mí el furor de las tinieblas y sus potestades que me querian sumergir. Así lo entendí y me declaré con lo que dijo san Juan en el capítulo XII del Apocalipsis: Que el dragon grande y rojo arrojó de su boca un rio de agua contra aquella Mujer divina ³, á quien perseguia desde el cielo; y como no pudo anegarla ni tocarla, se convirtió muy airado contra las reliquias y semilla de aquella gran Señora, que están señaladas con el testimonio de Cristo Jesús ⁴ en su Iglesia. Conmigo estrenó su ira esta antigua serpiente por el tiempo que voy tratando, turbándome y obligándome, en la forma que puede, á cometer algunas faltas que me embarazaban para la pureza y perfeccion de la vida que me pedian, y para escribir lo que me mandaban. Y perseverando esta batalla dentro de mí misma, llegó el dia que celebramos la fiesta del santo Ángel custodio, que es el 1.º de marzo. Estando en el coro en Maitines, sentí de improviso un ruido ó movimiento muy grande, que con temor reverencial me encogió y humilló hasta la tierra. Luego ví gran multitud de Ángeles que llenaban la region del aire por todo el coro, y en medio de ellos venia uno de mayor refulgencia y hermosura como en un estrado y tribunal de juez. Entendí luego que era el arcángel san Miguel. Y al punto me intimaron que los enviaba el Altísimo con especial potestad y autoridad para hacer juicio de mis descuidos y culpas.

¹ Rom. XI, 29. — ² Eccles. IV, 12. — ³ Apoc. XII, 15. — ⁴ Ibid. 17.

22. Yo deseaba postrarme en tierra y reconocer mis yerros, para llorarlos humillada ante aquellos soberanos jueces: y por estar en presencia de las religiosas, no me atreví á darles que notar, con postrarme corporalmente; pero con el interior hice lo que me fue posible, llorando con amargura mis pecados. Y en el interin conocí como los santos Ángeles, hablando y confiriendo entre sí mismos, decian: *Esta criatura es inútil, tarda y poco fervorosa en obrar lo que el Altísimo y nuestra Reina la mandan; no acaba de dar crédito á sus beneficios y á las continuas ilustraciones que por nuestra mano recibe. Privémosla de todos estos beneficios, pues no obra con ellos, ni quiere ser tan pura ni tan perfecta como la enseña el Señor, ni acaba de escribir la Vida de su Madre santísima, como se le ha ordenado tantas veces; pues si no se enmienda, no es justo que reciba tantos y tan grandes favores y doctrina de tanta santidad.* Oyendo estas razones se alligó mi corazon y creció mi llanto. Y llena de confusion y dolor hablé á los santos Ángeles con íntima amargura, y les prometí la enmienda de mis faltas, hasta morir por obedecer al Señor y á su Madre santísima.

23. Con esta humillacion y promesas templaron algo los espíritus angélicos la severidad que mostraban. Y con mas blandura me respondieron; que si yo cumplia con diligencia lo que les prometia, me aseguraban que siempre con su favor y amparo me asistirían, y admitirían por su familiar y compañera para comunicar conmigo, como ellos lo hacen entre sí mismos. Agradéciles este beneficio; y les pedí lo hiciesen por mí con el Altísimo. Desaparecieron, advirtiéndome que para el favor que me ofrecian los habia de imitar en la pureza, sin cometer culpa ni imperfeccion con advertencia; y esta era la condicion de esta promesa.

24. Despues de todos estos y otros muchos sucesos (que no conviene referirlos) quedé mas humillada, como quien se conocia mas reprehendida, mas ingrata y mas indigna de tantos beneficios, exhortaciones y mandatos. Y llena de confusion y dolor conferí conmigo misma, como ya no tenia excusa ni disculpa para resistir á la voluntad divina en todo lo que conocia, y á mí tanto me importaba. Y tomando resolucion eficaz de hacerlo ó morir en la demanda, anduve arbitrando algun medio poderoso y sensible que me despertase y compeliere en mis inadvertencias, y me diese aviso para que (si fuese posible) no quedasen en mí operaciones ni movimiento imperfecto, y en todo obrase lo mas santo y agradable á los ojos del Señor. Fuí á mi confesor y prelado, y pedile con el rendimien-